

## ¿Hombres maternalmente viriles?

MARIANA GÓMEZ

Diversos autores han ubicado a la virilidad del lado del poder. Bourdieu, por ejemplo, encuentra que en nuestras sociedades ser hombre ha implicado desde sus inicios una posición de poder. Del lado viril estaría el uso de la fuerza y el control de la naturaleza. Bourdieu, a su vez, señala que el órgano sexual se ha instalado como el principio y el final de todas las diferencias. Por lo tanto, a lo largo de los siglos el orden masculino ha prescindido de toda justificación y no ha requerido ser legitimado. La división de los sexos se ha fundamentado en la mayor parte de la historia en el mito de la diferencia anatómica, instaurándose también en el orden jurídico. Así, la división de los sexos ha tenido una equivalencia subjetiva en la división de las cosas y el trabajo (Bourdieu, P., 2000).

Desde esta perspectiva, el determinismo biológico ha devenido la fundamentación para creer que el hombre es más fuerte y más inteligente y la mera existencia de un órgano viril externo ha sido el argumento para la división sexual del trabajo, la exclusión de las mujeres de la ciudadanía y del ámbito público. Es más, el hombre no solo ha

debido ser viril, sino también parecerlo. De allí que la raíz etimológica de varón sea del latín *vir*: macho, hombre, pero también: *virtuoso*.

Un hombre, cuyo matrimonio se encuentra agotado, casado con una mujer que lo socava, lo somete, lo anula, no puede dejarla porque teme abandonar a sus hijos en manos de ella. Él, un excelente padre, es quien se ocupa del cuidado diario, de la alimentación y del espacio afectivo de los niños. Lejos de quejarse de esta situación, este hombre no solo la disfruta, sino que además se las arregla muy bien repartiendo su vida entre su trabajo y estos niños. No tiene amantes y tampoco las busca. La pregunta de este hombre es más bien: ¿qué es ser un padre?

Hoy, los analistas, recibimos muchos casos como este. Hombres más maternales que sus mujeres. ¿Se trata de un nuevo tipo de virilidad, diferente de la medieval, la victoriana o incluso de la de hace unas tres o cuatro décadas atrás? O más bien, en tiempos de la caída del Nombre del Padre y de su función ¿cómo pensar el estatuto de virilidad?

Pero además, ¿cómo leer la referencia lacaniana de RSI acerca de que un padre no merece el amor ni el respeto de sus hijos sino a condición de hacer de una mujer causa de su deseo?

En la búsqueda de algunas respuestas, Graciela Brodsky nos orienta. En la entrevista realizada por *REGISTROS*, señala que la posición materna no es exactamente la posición femenina, ni la virilidad se define del lado masculino. La virilidad no supone necesariamente los semblantes imaginarios conocidos, la identificación al tipo viril. Si no, que la verdadera virilidad implica, en todo caso, soportar que haya posiciones sexuales diferentes en el amor, en el deseo y en el goce<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Grimbaun, G. y Ravinovich, D. (dirs.) (2012). *REGISTROS. Hombres y psicoanálisis*. Tomo gris. Colección Diálogos. Año 11.

Hoy más que nunca constatamos que la virilidad no pasa por el destino fijado en lo real del cuerpo, ni por la posición sexual inconciente a nivel de la identificación, sino por el fantasma, lugar donde se plantean los modos de elección sexual y de goce.

Lacan nos enseña que la “sexuación” supone posiciones de goce en donde un sujeto se ubica y en donde no todo es fálico y donde está incluida la pulsión.

Tampoco es suficiente la imagen, los semblantes; será necesaria la palabra del Otro para que un sujeto pueda ubicarse en función de la diferencia sexual, ya que la imagen es desde el principio unificante, no introduce la diferencia. Es preciso pasar por el discurso del Otro para realizar el proceso de la sexuación.

Pero, tampoco la sexuación es completamente producto del Otro. Esta implica también al sujeto y su acto. A la propia elección de goce. Lacan en el Seminario 20 (2008) nos dice que hay algo que fundamenta el ser y esto es el cuerpo. Lacan deconstruye derridamente allí el dualismo cartesiano de la sustancia pensante y la extensa, para proponer una sustancia gozante. Así, el cuerpo se definirá por lo que se goza. Y es en este seminario donde opondrá al concepto de identidad sexual al de sexuación. La sexuación lacaniana ubicará así la diferencia sexual como diferencia de los goces. Y si bien la sexuación pone en juego a las identificaciones, hay algo en ella que no se puede reducir a la identificación ni puede ser reducido por esta.

Este planteo lacaniano prescinde, como vemos, de la anatomía de los cuerpos y de las identificaciones sexuales impuestas por la cultura. No se trata de la anatomía como destino, ni de la identificación al género femenino o masculino, ni a los semblantes de feminidad o virilidad, sino que lo que cuenta aquí es cómo los seres humanos se las arreglan con el agujero producido por el lenguaje, en tanto seres vivientes, que es irreductible. En definitiva, se trata

de pensar las posiciones sexuadas en términos de goce y no de género o de semblantes únicamente.

Entonces, para Lacan, la posición masculina no se asimila necesariamente a un hombre, ni la femenina a una mujer. Ambos podrían gozar del falo pero respondiendo a modos distintos, en donde la posición masculina será tomada como todo y la posición femenina como no-todo, no toda ella goza del falo.

Respecto de lo viril, ya Lacan en el seminario 19 había ironizado la cuestión planteando que:

La función del *vir* es impactante por cuanto, en todos los casos, solo de una mujer se dice que es viril. Si alguna vez escucharon hablar, al menos en nuestros días, de un tipo que lo sea, muéstrenmelo, que me interesará... (2012: 100)

Lo que Lacan nos está diciendo en este seminario, entonces, es que lo verdaderamente viril puede estar del lado de una mujer.

Y más adelante, Lacan se pregunta acerca del padre: “Habría que centrar mejor lo que podemos exigir de la función del padre. Con esa historia de la carencia paterna, ¡cómo se regodean!...Si el padre ya no impacta a la familia, naturalmente se encontrará algo mejor” (2012: 102).

De allí que Miller en su artículo “Buenos días Sabiduría” (1996) haya planteado que si en el mundo contemporáneo hay un declive viril, este es impensable sin considerar el declive del padre.

En el caso de la viñeta que hemos presentado, podríamos decir que si la madre se ha corrido del amor y cuidado de sus hijos, y es este hombre quien ocupa ese lugar, este tipo de virilidad, una *virilidad maternalizada*, podría ser un modo de respuesta del lado masculino a la posición de goce de su mujer y a su propio fantasma.

En tiempos de la caída del Nombre del Padre y de su función, y del ascenso de mujeres que se han desplazado del hogar y del cuidado de los hijos hacia lugares de poder fuera y dentro del hogar —o que no han podido enlazarse a lo familiar—, podríamos preguntarnos entonces si estas nuevas *virilidades maternalizadas* no vienen como respuesta a dicha situación. O, por qué no, si no se trata más bien de *nuevas maternalidades*, encarnadas por hombres, que vinieron a sustituir a las *madres* de ayer. Se tratará entonces de ubicar cada vez la singularidad de la respuesta que un sujeto pueda inventar confrontado con su fantasma y su goce, considerando la época y lo que ella posibilita.

## Bibliografía

- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Grimbaun, G. y Ravinovich, D. (2012). *REGISTROS. Hombres y psicoanálisis*. Tomo gris. Colección Diálogos. Año 11.
- Lacan, J. (2008). *El Seminario, Libro 20, Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- (2012). *El Seminario, Libro 19, ...O peor*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1996). “Buenos Días Sabiduría”. En *Colofón*, 14. Madrid: FIBOL
- Torres, M. (comp.) (2013). *Transformaciones. Ley, diversidad, sexuación*. Buenos Aires: Grama.